

Presentación del libro de PEDRO MIR en la Casa de América

Pablo César Moya

Buenas tardes. Mis primeras palabras son necesariamente de agradecimiento: A esta institución y a su director, don Íñigo Ramírez de Haro, que nos ha facilitado este espacio, y al hacerlo ha hecho posible el acto que nos convoca hoy. A la embajada de la República dominicana por su colaboración. A don Teodosio Fernández por corresponder de inmediato a nuestra petición de presentar la poesía de Pedro Mir. Lamentamos, obviamente, que don Pedro Vergés, escritor y embajador de la República, no haya podido acompañarnos. En fin, no puedo dejar de nombrar a todos los asistentes, a ustedes y a vosotros, sin cuya presencia carecería de sentido este homenaje a un poeta que en verso nos dice haber nacido "allá en Macoris del mar, pueblo pequeño y mío/hondo rincón de aguas perdido en el Caribe".

Mi agradecimiento es personal, por supuesto, pero recoge el sentir de Ediciones de la Discreta, a la que pertenezco y que me permitirá, dada su reciente creación, dársela a conocer.

Y lo primero que se me ocurre al respecto es que una editorial, cuya primera publicación es la antología poética de un escritor como Pedro Mir, debe tener grandes aspiraciones, y las tiene. Esto ocurrió en abril del año pasado, cuando se hizo una primera edición para la feria del libro de Santo Domingo dedicada a nuestro escritor. Se agotó y ha sido necesario hacer una reedición que hoy nos permite presentarla en sociedad. Después se aprobaron otras obras, ya publicadas: un ensayo Talía te quiero, ensayo errático sobre la representación teatral, de Marie Lourties, un libro de sonetos de un misterioso Conde de Abascal; una novela de Luis Junco, Las cartas americanas de Pedro Armengol, obras que aprovecho la ocasión para recoméndarselas, pero que cito para que conozcan las directrices de nuestra editorial. Tiene como objetivo que estén representados géneros diversos de creación y pensamiento. Y pretende a un tiempo promover la obra de autores noveles y de autores de prestigio pero escasamente difundidos.

Es el caso Pedro Mir, poeta bien conocido, por supuesto en la República Dominicana y en América, también en España, aunque no lo suficiente. Y es caso de importantes escritores hispanoamericanos que progresivamente iremos publicando. Pienso en Manuel del Cabral, también dominicano, en el salvadoreño Roque Dalton o en tantos otros que han sabido recoger la mejor herencia que probablemente nos dejará la literatura del siglo XX -aún el nuestro-: esa extraña y desgarrada mezcla de experimentación vanguardista, existencialismo y compromiso social.

Si les soy sincero, ocupo hoy un lugar que no me corresponde. Pues fue, otro miembro de la editorial, Fernando Fajardo quien proporcionó la idea, quien la defendió apasionadamente y quien, como era de esperar, en una editorial de trabajo colectivo como la nuestra, ha tenido que encargarse de coordinar la edición y de los restantes engorros, que son muchos, que la publicación y promoción de un libro acarrear.

Creo que contentaré a semióticos y pragmáticos diciendo que no hay lecturas perfectas, sino lecturas excluibles y otras aproximadas. Puesto que una antología significa leer de una manera determinada a un escritor, espero que la presente no esté entre las excluibles, por dos motivos. Primero porque se recogen los distintos momentos de una labor literaria de más de cincuenta años, desde su primer libro de madurez (Hay un país en el mundo de 1949) hasta su reciente A Julia sin lágrimas. Segundo, porque plasma impecablemente, unificados por el compromiso global con el hombre y con los oprimidos, los variados referentes de su mundo poético: su país y el caribe y la América latina que desde el Rubén Darío de Cantos de vida y

esperanza ha vivido en la poesía bajo la sombra peligrosa de la anglosajona América del norte.

Y si esto se ha logrado- como así lo creo- tengo que agradecer ocupar este lugar horrible siempre, pero a su vez agradable.

Y digo agradable porque Pedro Mir es un grandísimo poeta, lo que me permito expresar como simple lector, más que como profesional -no sé si el término es del todo adecuado- de esta materia que llamamos literatura y literatura hispanoamericana como subtítulo.

Sé -y no saben cuánto me duele- que no me corresponde la labor de aproximarme a la poesía de Pedro Mir. Pero aún así me resisto a quedarme en la función prosaica de los agradecimientos y de la "propaganda" -todo sea dicho- de nuestra editorial. Por supuesto, entiéndase propaganda en su sentido más aséptico, sin las connotaciones de ganancia mercantil que hoy posee el término. He aquí -y con ello me resarzo- unos versos de Pedro Mir, entresacados de uno de sus extensos poemas: Si alguien quiere saber cual es mi patria, poema-libro, que se configura, como gran parte de los suyos, mediante la glosa de versos reiterados al modo del estribillo de la lírica tradicional:

*Si alguien quiere saber cuál es mi patria
lo diré en una tarde americana.
Cuando el mundo se quiete la cabeza
y le arranque la espina innominada.
Cuando el hilo de todas las fronteras
teja como una alfombra todas las patrias.
Y una risa inmensa
recorra las montañas
y haga huir como murciélagos despavoridos
a los acorazados con sus arrogancias,
con su larga cadena de aprobio
que une nuestras gargantas
y nos saca en sangre y pulpa
las tieras perfumadas...*

*Día justo y solemne de contestar
de cuánto goce se compone una patria.
Cuáles son los veinte ruidos
de la nueva batalla.
A quién le corresponde el apetito,
a quién el gesto copioso y la guirnalda.*

*Pero ahora
nadie pregunte por la patria
de nadie.*

*Y en el día en que estalle
la libertad suprema y soberana,
procure estar bien cerca y bullicioso
porque habrá una gran patria,
una grande, inmensa, inmóvil patria para todos
y no habrá ni un país para estas lágrimas...*

Son versos que me han impresionado, como estos otros de su Contracanto a Walt Whitman en los que frente al "yo" del individualismo pragmático se anuncia un "yo" integrado en el "nosotros".

*Y ahora
ya no es la palabra*
yo
*la palabra cumplida
la palabra de toque para empezar el mundo.*
*Y ahora
ahora es la palabra*
nosotros.

*Y ahora,
y ahora es llegada la hora del contracanto.*

*Nosotros los blancos,
los negros, los amarillos,
los indios, los cobrizos,
los moros y morenos,
los rojos y aceitunados,
los rubios y los platinos,
unificados por el trabajo,
por la miseria, por el silencio,
por el grito de un hombre solitario
que en medio de la noche,
con un perfecto látigo,
con un salario oscuro,
con un puñal de oro y un semblante de hierro,
desenfrenadamente grita*

yo
*y siente el eco cristalino
de una ducha de sangre
que decididamente se alimenta en*
nosotros

y en medio de los muelles alejándose
nosotros
y al pie del horizonte de las fábricas
nosotros
y en la flor y en los cuadros y en los túneles
nosotros
camino de los mármoles
nosotros
camino de las cárceles
nosotros...

(págs. 73-74)

Pocos poetas han sabido como él, objetivar en su excepcional lenguaje poético, la necesaria relación, tantas veces olvidada, tantas veces mal entendida, entre el "yo" del poeta, la tierra y la gente que le circundan, y este mundo de hombres, político, económico, social e ideológico, que nos ha tocado vivir. No creo que existamos "en la región más transparente del mundo", por recordar las palabras que Alfonso Reyes prestó a Carlos Fuentes. Ni en la vieja Europa ni en ese Caribe "*de aire transparente y agua clara*" de Pedro Mir (p.147).

La realidad es siempre opaca. Trasladar a versos lo que se esconde tras la penumbra de un mundo supuestamente diáfano, que nos constriñe, es labor de poetas. Pocos poetas -insisto- lo han logrado como Pedro Mir, quien nació -citó al principio- "allá en Macorís del mar" "hondo rincón de aguas perdido en el Caribe". (p. 75)